

Vivir en el barrio más sofisticado de Vitacura

En torno al Parque Bicentenario -junto a grandes jardines, una laguna con cisnes y brillantes peces japoneses- se consolida un barrio repleto de modernas galerías de arte, exquisitos restaurantes y elegantes tiendas del más variado tipo, las cuales se conjugan en una plácida zona residencial donde vivir bien dejó de ser un lujo y se transformó en necesidad.



Consultado una vez por el Parque Bicentenario, su tan chilena como minimalista obra zen, el arquitecto Teodoro Fernández señaló que el gran objetivo de su trabajo no había sido crear un “paseo” sino “un balcón que mira el paisaje”.

Enemigo de la arquitectura sin alma (“muchas veces los terrenos eriazos son mejores que después de intervenidos” ha dicho Fernández), desde su obra -el Central Park chileno, según han dicho algunos- Los Andes, el Mapocho y el valle no sólo se ven, se aprecian en su real magnitud. Ahí todo el conjunto adquiere un peso que obliga a pensar que se está en una ciudad absolutamente distinta. Una ciudad clara, transparente. Una poderosa ciudad con vocación de futuro, que se yergue con gracia ante la feroz cordillera.

Al menos una cosa es cierta: en este rincón, el corazón de la nueva Vitacura, la respiración se entrecorta. Digamos que hay algo en el conjunto que invita al relajamiento y a la contemplación, no sin que uno antes deba aprender otra vez a respirar. Podríamos ser temerarios y decir, incluso, que lo que obliga a hacerlo es la elegancia, el buen gusto de todo. Y sin duda así es. De hecho, casi todo es nuevo aquí. Pero hay algo más. Basta ver, para comprobarlo, a los magnolios ya floreciendo.

La esencia de Vitacura

Quizás ustedes conocen la historia. Cuando los españoles llegaron hasta aquí tuvieron que dialogar con un duro cacique (Vitacura), que habría escondido en la zona más de 800 kilos de oro que jamás se encontraron. Pasaron los siglos y el tesoro de Vitacura terminó transformándose en la metáfora de una comuna que, ya desde los

años '50, comenzó a consolidarse. Primero fueron algunos mercados, luego pequeños centros comerciales que se construyeron en torno al exclusivo Club de Polo -como el Shopping Los Cobres- que durante los años 80's se transformarían en íconos del desarrollo. Poco faltaba entonces para que, en el límite entre Vitacura y Las Condes, se levantara el Parque Arauco. Vitacura iba por más.

Últimamente, las cosas no son muy distintas. Y el tesoro de Vitacura no palidece ante el resplandor de diversos barrios, todos vecinos e interconectados. En esta última, toda una experiencia es disfrutar de un exquisito pisco sour en el restaurante La Mar de Gastón Acurio. Aunque lo cierto es que muchos hotspots de una nueva gastronomía, todos sofisticados y cosmopolitas, conviven en esta ondulante calle en la que saborear un exquisito pulpo con chimichurri se ha transformado en la nueva expresión de poder en una comuna que, ayer y hoy, es ícono nacional de lo que significa tener estilo en la ciudad.

No lo sabía: los 28.9 kilómetros cuadrados que suma lo que hoy conocemos como la comuna de Vitacura fue alguna vez la herencia que entregó Valdivia a Inés de Suárez. Otra razón para creer en lo especial de estas tierras finalmente heredadas por la familia Goycoolea que, cinco décadas atrás, pensó convertirlas en el epicentro de un renovado estilo y glamour. La misma sofisticación que hoy destaca en los nuevos edificios que aquí se construyen justo frente al Parque Bicentenario.

Es parte del estilo: aquí el edificio también se transforma en paisaje. Y, mientras a un lado tienes toda la claridad de quillayes, maitenes y peumos, al otro

CIUDAD ABIERTA

el salvajismo urbano de papiros y colas de zorro de la laguna del Parque Bicentenario, donde además se pueden apreciar hermosos peces koi y cisnes que van de un lado a otro.

Esto es vivir en Santiago en primera fila. Y no menor es saber que, pese a la grandeza de todo, en este barrio tendrá seguro pocos vecinos.

Santiago está despejado. El aire es fresco. Al fondo de Narciso Goycolea, una calle que resume el inflamado corazón de esta Vitacura ambiciosa pero tranquila, resaltan las bruñidas campanas de las Ursulinas, la iglesia de la congregación fundada por Ángela Merici, la santa italiana de Desenzano, que se hizo famosa por su sentido de lo práctico y útil.

Bueno saberlo cuando, justamente, se está en un barrio donde lo práctico es el gran símbolo de lo bello y elegante. Es lo que piensas, por ejemplo, cuando visitas la galería de arte de Patricia Ready trazada por los arquitectos Izquierdo y Lehmann; un edificio de vidrio y concreto con sala de exposiciones de 640 m² y 5 de alto.

No menos intenso es recorrer los vericuetos de la vecina galería de Isabel Aninat, el lugar donde los talentos jóvenes han encontrado un espacio de alto nivel para revelarse.

Inspiras. Respiras. Es la verdadera altura de esta renovada Vitacura que encuentra en la Escuela de Yoga Mukti, justo en la esquina de Espoz con Narciso Goycolea, un espacio para aprender que todo sí puede ser muy fluido.

Es lo que ocurre, diariamente, en las salas Atma y Brahma de esta sofisticada academia especializada en yoga Iyengar y donde profesores como la propia actriz María José Prieto, la experta Claudia Díaz Boitano o el maestro Rishi Joseph también enseñan yoga ashtanga, nataraja y kundalini. Es el cuerpo en acción. Es pranayama. Es descubrir la diferencia entre acción y movimiento. No poco en un barrio donde la "hiperconexión" está asegurada por fluidas arterias como Vespucio Express, Kennedy, Costanera Norte y, próximamente, Costanera Sur. Vale la pregunta: ¿existe en Santiago un barrio que esté mejor conectado?

¿Existe un barrio mejor?

La respuesta no viene, digámoslo, sin algo de arritmia y taquicardia. Cosas que pasan.

Y basta, para calmarse, acercarse al Bicentenario, un parque que cuando esté listo duplicará en extensión al Forestal y tendrá cuatro veces la superficie del Parque Araucano. 15 hectáreas de sana contemplación frente a boldos, pataguas,



espinos y palmas chilenas. ¿Qué más se puede pedir?

Ud. elige: el asiento en el propio parque. O el sofá en algún edificio. El resultado es el mismo. La experiencia es igual.

Todo un mundo hay allí: juegos para niños. El plácido restaurante Mestizo, obra del arquitecto Smiljan Radic. Todo el año exposiciones, dos festivales de cine, conciertos, circo, encuentros de gastronomía, un trozo del parque diseñado especialmente para no videntes.

Eso y poder realizar los trámites urbanos, lateros, en un solo edificio (el Edificio Consistorial), tan grande que poco espacio tiene para las colas.

Un agrado. Pero... ¿Un lujo? Quizás no, considerando que todo aquí es lógicamente necesario. Tanto que a ratos no es fácil entender cuáles son los verdaderos límites del barrio. ¿Los mismos del parque? Puede ser. Cierto es que todo, desde Isabel Montt hasta Alonso de Córdoba, está a sólo unos pasos de distancia. Nada que altere

tanto la respiración como para no poder controlarla.

Sólo hay que saber, tener claro, que justo ahí está el núcleo de la nueva gastronomía que acaba de explotar en Nueva Costanera.

Luego, hacia un lado, todo el glamour de Alonso de Córdoba. Y, hacia el otro, el temprano insomnio de Borde Río, del Balthus, del Club de Polo.

¿Quiénes se están viniendo a vivir a este barrio? Dicen que abuelos que venden sus grandes casas y optan por una vida distinta, entretenida, tan intensa como relajada. Y, además, jóvenes parejas que encuentran aquí un pequeño gran Universo, un planeta que recién se está construyendo.

Es que aquí hay suficiente espíritu. Onda. También muchos bancos, con amplia vista, como para disfrutar del encanto del parque.

Y respirar. Respirar profundo. Respirar como si fuera la primera vez que se respira. ■